

I

Ramón Aguilares cerró el libro que tenía abierto por la última página, se incorporó y se echó al suelo.

Había terminado de leerle ávidamente al tiempo mismo que terminaba la luz del sol de clarear la ancha sala, limpia, sin muebles, con sólo un viejo baúl forrado de piel á trechos calva, y esta cama, formada por aquellos colchones que no eran necesarios en los catres de la casa, arrumbados allí y cubiertos por una colcha vieja y descolorida, que le servía á su objeto de enfrascarse en los estudios y meditaciones filosóficas sin temor á que le molestara el ruido—poco ruido—que pudiera venir de las fronteras piezas habitadas.

Allí, más de una vez, rendido al continuo trafagar de su imaginación, quedóse dormido entre tomos dispersos sobre la colcha, que dejaban ver en su cubierta estos nombres, nuncio esplendoroso de una futura égida de bonanza social: Marx, Faure, Kropotkine, Grave, Stirner, Lorenzo, Mackay...

Ardía en su cerebro joven la llama rosada de todos los entusiasmos. Su pensar altruista y generoso llevóle—espíritu confiado en ajenas bondades—á formar en la masa entusiasta de enamorados de una idea todo amor. A su vista, las injusticias sociales, los defectos del medio, los vicios, toda la lacra visible del organismo vivo de que formamos parte, parecía transformable; él jamás pensó en las corcobas y propias macas de nuestro espíritu; para él la Humanidad no era sino un buen rebaño de seres que se empujan, se muerden y se atraviesan miradas de odio, pero que se amaría, se apoyaría y se convertiría en un mutuo pugilato de acciones bellas y fraternalmente interesadas, el día glorioso que brillase fulgente el rojo luminar de la Anarquía.

Vivía en su pueblo, uno grande de Castilla, desde que el fallecimiento casi reciente de su padre le reclamó. A raíz de la desgracia, su presencia allí era indispensable, y después, un poco retenido por la ventilación de asuntos de testamentaría, otro poco porque entre aquellas paredes parecía alentar algo del espíritu de sus padres y le dolía abandonar la casa, su estancia se prolongaba y solo, sin afectos del alma que velasen su tranquilidad de espíritu ú orientasen éste á valles plácidos de paz y de sosiego, le transcurrían los días, la imaginación poderosa en actividad continua, ardiendo su alma en anhelos de lucha por el bien universal. Y allí, donde todo gesto acusador de heterodoxia era mirado con recelo, Ramón continuó con más ahinco su apostolado, aquel penoso apostolado cuya prédica y propagación habíase impuesto y en el pueblo había de proporcionarle una sarta enojosa de enemistades, sinsabores y disgustos.

Cuando salió á la calle, requerido su sombrero de fieltro negro, complemento de una indumentaria de igual color, que constante-

mente llevaba como si fuera un luto perenne por la sangre y por las lágrimas vertidas bajo el dominio del Error, habíase decidido francamente.

Su deber no estaba cumplido en absoluto con el culto ferviente á sus pensadores favoritos, con sus ratos de meditación mística en los templos interiores de su alma y con su contribución positiva á la vida de la prensa anarquista, pagando puntualmente aquellos periódicos que tan á menudo dejaba el cartero en sus manos burguesas, pues tales podían llamarse las de un hombre que, como él, era sólo un meditativo, un curioso aficionado del Ideal. Había que hacer más, y él iba á hacerlo. Así se lo había manifestado á Lucía, que era el ser que á medias con la Causa absorbía los amores de Ramón.

—Sí, niña; mi conducta hasta aquí ha sido la de un burgués comodón y estúpido—dijo recriminándose—. No estoy conforme con ella y voy á rectificarla.

Después hablaron de otras cosas: de su cariño, que había costado lágrimas á Lucía cuando pensaba en «aquella cabeza» que

ardía en ansias de un porvenir radioso... Y al último, tranquilizador Ramón, separóse poniendo antes toda la dulzura de su alma en esta frase:—A tí que eres tan buena, sería una ingratitud negarte amores; ¿qué será de la Humanidad, otra niña en vías de ser buena, sin el continuo velar, sin el amor de los hombres de buena fe, que somos los desinteresados y los rebeldes?

A Lucía la molestaba oír explicarse de esta manera á Ramón. La Anarquía era una mala mujer que le robaba algo del alma de aquel buen muchacho.

Y protestó mimosamente. Ramón se despidió, y al volver la esquina de la calle donde estaba la reja á cuyo pie sostuvo este corto diálogo, volvió la cabeza, y Lucía se metió, cerrando la vidriera.

La novia de Ramón era una muchacha morena, de ojos brillantes y negros, bajo el arco armónico y azabachino de unas cejas perfectas al modo de dos comas grandes de correcto trazo tipográfico; una nariz un

poco respingoncilla ponía gracia á todo el semblante, que sin ser de una belleza ejemplar, era agradable y sumamente atractivo dentro del casco de ébano de sus crenchas amplísimas.

Aguilares se enamoró de ella el verano anterior una corta temporada que pasó en el pueblo, dejadas leguas atrás las impertinencias y prosáicas ocupaciones de la oficina de una casa comercial de Valladolid en que su padre tenía parte, y que dió quiebra pocos días antes de su fallecimiento.

Se escribieron de tarde en tarde, pero siempre con algo de fuego no fingido, y cuando él vino al pueblo con tan triste causa, reanudáronse, con agrado por las dos partes, aquellas relaciones de amor que á contribución con los testamentarios asuntos y con el misantropismo de que se poseyó nuestro joven, determinaban su permanencia ociosa en él.



MONTERREY, N. L.

A la mañana siguiente fué á ver á Joaquín, al «compañero» Joaquín, como quería él que se le llamara en lenguaje libertario. Era Joaquín un tipo no muy simpático. Su anarquismo se reducía á hablar mal de todo lo constituido, á barajar en la conversación nombres de revolucionarios y terroristas rusos de los que leía en los periódicos que le prestaba Ramón, y á ser, con capa de libertario, con los suyos, con los que dominaba, un autócrata hecho y derecho. En sus palabras no sobrenadaba un espíritu de amor como en las de su amigo; hablando de democracia se irritaba, no porque la democracia tal co-

mo la entienden los políticos de hoy, retrase el *dia glorioso*, sino porque había en su espíritu un fondo oculto de odio á la fraternidad y á la conmiseración.

Refiriéndose al pueblo inculto, solía decir cuando alguien hablaba de ilustrarle: «No, si es imposible; yo al que no supiera leer é interpretar á derechas un pensamiento sencillo, lo decapitaba». Era un anarquista francamente dictatorial.

La amistad entre los dos nació de la necesidad que sentía Aguilares de hablar con alguien de sus ideas, y en el pueblo fué de los primeros con quien discutió algunos puntos de doctrina. Aun cuando el fondo de crueldad de Joaquín no gustaba á Aguilares, encontraba en él la satisfacción de su necesidad de hablar con alguien que le entendiera y siquiera pensase en principio como él. Y aunque Joaquín era inteligente, de haber habido en el pueblo muchos más libertarios, no hubiera Ramón concedido preferencia al trato de aquél.

Pero como, aparte sus defectos, era el más decidido, á él espetó Aguilares su pen-

samiento. Tenía resuelto trabajar para fundar una sociedad de jóvenes anarquistas. Al principio el proyecto tendría muchos inconvenientes, algunos se resistirían, pero con constancia y buena fe, él se auguraba un resultado fructuoso.

Después se darían conferencias; se repartirían libros y folletos, costeados individual ó colectivamente, que correrían poco á poco por las manos de los obreros asociados; se discutirían aquellas cuestiones de la doctrina en que hubiera disparidad de criterios... En resumen: sería un grupo de cultura y de acción radical muy bello y á su parecer llamado á cumplir su misión.

La idea fué acogida por Joaquín con visible júbilo, y se dió en el acto á buscar adeptos entre los obreros y jóvenes conocidos como de ideas mas avanzadas.

Se gestaba á la vez en el corazón de Aguilares una floración de afecto, una impetuosa surgencia de ternura hacia su novia. Hablando con Lucía se transportaba.

La muchacha llegó en su cariño hacia él hasta la disculpa para sus ideas, saltando por una acumulación de preocupaciones y terrores irrazonados que sobre el anarquista en general alimentaba su espíritu sencillo.

Oyendo á Ramón llegó á compenetrarse con él, y dudó que los anarquistas de que hablaba con deleite pudieran lanzar arteramente aparatos de destrucción.

No, no era posible: serían ardides policíacos, crímenes vulgares; del sensorio de los hombres que sueñan un mundo como el que Ramón describía con arrobo, y turbándosele la vista de emoción no podían salir planes sangrientos. ¡De la policía, de quien fuese; de hombres como su novio. no y no!

Aquella tarde Lucía y Ramón salieron juntos; como siempre, iban rientes, expansivos, jubilosos de su amor y cada uno satisfecho del otro. Compraron á una vieja que había tenido á Lucía cuando niña mil veces en sus brazos, piñones y cacahuetes, y comiéndolos siguieron entre la gente que como

día de fiesta buscaba el campo, el baile, la reunión honesta del pueblo.

Nuestros muchachos no gustaban del baile, y seguían hasta dejar atrás el último barrio, continuando luego al grato abrigo de una gran tapia y terminando por sentarse en el vallado arenoso de un pinar ó en el valle bajo y hondo de las huertas cercanas.

Ramón había hecho en Lucía despertar un amor hacia las cosas claras y serenas, que había impregnado á la muchacha de un agradable panteísmo que no la iba del todo mal. Por el agua corriente, por las flores, por el rebaño lejano, por la mansedumbre serena y transparente de los ojos de un buey, por las flores sencillas, tenía un afecto y una dulzura de su alma infantil.

Odiaba las vidas estériles, atrofiadas por el misoneísmo ó por la austeridad estúpida de nuestras costumbres burguesas, y aquella misma tarde había tenido una risa argentina y alegre al emparejar en el camino con tres curas que volvían del paseo rutinario. Y á Ramón le había sonado á música de niños que hubiera asustado á los pájaros

agoreros y emocionantes replegados en los resquicios de una mansión fúnebre. Porque los varones á quienes castró la idea de un Dios de amor el vuelo por las regiones del placer y de la vida, parecieron apretar el paso al dejar atrás á la pareja.

Se sentaron. Contó Ramón lo que había dicho á Joaquín respecto á sus propósitos, y disgustóse Lucía.

Era una verdadera locura. Ganas de comprometerse, de ponerse á mal con todo el mundo. Un plan descabellado.

Los nervios de Lucía estaban insurreccionados; surgía de nuevo ante ella la mujer de sus celos, la Anarquía.

Ramón trató de calmarla al ver que no llevaba á su novia al terreno de la convicción. Se levantaron; ella compuso con sus dedos algunos rizos alborotados que sombreaban su frente hermosa, y volvieron á casa.

Anochecía; ya estaban encendidas las luces, y bajo los soportales paseaba, gritaba y armaba algarabía un público jugueteón y heteróclito de chicuelos, niñeras y mozalbetes

de tapabocas doblado y puro en la boca: el público dominguero de estas villas castellanas.

Cuando al siguiente día hablaron Joaquín y Aguilares de su proyecto, había entrado, al parecer con gran entusiasmo, en el ajo anarquista un nuevo personaje.

Llamábase Calvér; era un tipo medio entre estudiante y hortera, y al hablar de las ideas lo hacía recogiendo tópicos, lugares comunes y frases hechas de los propagandistas é ínfimos oradores de club.

Los tres, Joaquín, Calvér y Ramón, celebraron una especie de comicio previo, en el que se decidió la marcha de organización que había de seguirse. Calvér, que era un anarquista del momento, propuso la formación de una lista de individuos á quienes se obligaría con la firma á seguir los acuerdos de la sociedad, y Ramón contestó casi indignado á esta salida:

—Los anarquistas—dijo—no necesitan de firmas ni de ninguna fórmula de convencionalismo para cumplir como tales. Aquí no

se obliga á nadie; el que quiera venir, acercarse, bien venido, bien llegado sea... No queremos á nadie á la fuerza. Es tan clara, tan bella nuestra doctrina, que una vez poseída, el que no está con nosotros, está contra nosotros, que dijo el Cristo, nuestro equivocado filósofo.

Si os parece, podremos hacer esa lista, pero de los probables, de los que vosotros que conocéis bien el pueblo creáis que vendrán y que podrían ser útiles. Se les invita, y al que venga se le agradece... Pero espontáneamente, voluntariamente.

III

Cuando el pueblo comenzó á enterarse, es decir, á las pocas horas—la reunión celebróse en el rincón de un café después que se retiraron los asiduos: gente que discutía tercamente jugadas de tute y pugilatos nobles de machos de perdiz — la marejada fué tremenda, pero embozada, solapada, como las marejadas de aquel pueblo y de todos los pueblos como aquél y de todos los pueblos.

Comenzó en las tertulias del casino, y siguió en las reuniones de señoras, y siguió en las reuniones de curas, y escaló las casas de la clase media, y llegó al pueblo y dió toda la vuelta que tenía que dar todo asunto dis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFOJA"
Apdo. 1626 ALFOJA

cutido estúpidamente en aquel pueblo, en todos los pueblos...

Ramón topó aquel día, al ir á casa de Joaquín, miradas atravesadas de burla y miradas de curiosidad, y miradas odiosas de una estulticia supina. Al principio de estar en el pueblo, su presencia, cuando se supo su pensar, no alarmó, pues la idea de peligro fué contrarrestada por su natural bueno, su semblante franco y sus ojos bellos; se le tuvo, sí, por un chiflado, que leía mucho, pero nada más. La desgracia de su padre, á quien se quería en el pueblo, dulcificó la actitud con respecto al joven, y su falta de trato no daba armas contra él. Pero ahora, que había desenmascarado bruscamente su cara de odio hacia los fundamentos de la sociedad y hacia las creencias; ahora, que intentaba la estupenda empresa de oponerse á todo lo instituído, fundando una entidad rebelde, de rebelión inusitada en aquella balsa de aceite; ahora había conminado contra sí toda la furia del rayo vengador que guardaba en su pecho ortodoxo aquella buena gente.

Los individuos con quienes, á creer de

Joaquín, podía contarse con más confianza no eran, en verdad, legión, ni mucho menos; pero esto no disgustó, casi al contrario, alegró á Ramón, que pensaba que aquella vez su amigo había presidido sus gestiones de un espíritu de selección que no era, por lo general, su norma de conducta, hombre más pagado de la fuerza de las colectividades, que de la acción individual de las inteligencias bien orientadas.

Así, aquella misma noche, después de tomar café, como de costumbre, se dejó para el día siguiente la primera reunión de donde saldría algo definitivo, y Ramón y Joaquín, entusiasmados, se despidieron:

—Salud; hasta mañana.

—Salud; no faltes, y vé con todos.

Se reunieron en el despacho de Ramón. Para llegar á él subieron una amplia escalera sin adornos, limpia, una sencilla escalera clásica de pueblo grande, y en cuyo último rellano, de frente, abría la puerta de cristales. Estaba esta habitación aislada, por com-

pleto independiente de la casa; era cuadrilonga y sencilla, de paredes encaladas; un estante dejaba á mano izquierda ver los lomos en rústica de muchos libros modernos; junto á los autores que trataban cuestiones sociales se hacinaban volúmenes de poetas contemporáneos; en la pared, sobre la mesa, se mezclaban en grupo artístico retratos y caricaturas.

Allí extendía su barba capuchina el príncipe Kropotkine; junto al rostro astuto y algo descarado de Gorki, el vagabundo ruso, ponía su nota decidida el perfil tajante y dantesco de Luisa Michel, la visionaria del Ideal, abnegada y fuerte; Tolstoy lucía á un lado su serio semblante de león feroce y el entrecejo duro, á cuyos lados se amontonan los manojos crespos de sus cejas pobladísimas; Fermín Salvoechea parapetaba su cabeza pelada al rape tras de sus oscuras antiparras, que velaban siempre la viva expresión de sus ojuelos; más arriba, la faz venerable de Pi y Margall, el federal español, ponía una mancha de blancura—su bella barba—en un severo fondo negro; la figura de Zola, cuya

alta frente recuerda la poderosa y recia torremental de sus espirituales hijos los Froment, hacía «pendant» con la cabeza calva y el rostro largo, de orejas separadas quizás exageradamente del cráneo, de su protegido, el judío Dreyfus, y entre éstos, y al lado de éstos, hasta una cincuentena de escritores revolucionarios, novelistas, artistas, hombres de acción de todos los países; y á ambos lados del abigarrado grupo, una copia grande del cuadro de Casas *Barcelona-1902* y un paisaje dedicado, representando un trozo de la Moncloa madrileña.

De perfil á la mesa, con el codo apoyado en ella, y en la mano su cara soñadora, de ojos bellos, por completo rasurada, estaba Ramón, que al ver aparecer á Joaquín con dos amigos en la puerta, se levantó, saludando cariñosamente. Les ofreció unas sillitas se sentaron, y empezaron á conversar.

Aquellos muchachos que le acompañaban, dijo Joaquín, eran dos amigos, hasta entonces federales; uno de ellos—señalándole, y presentándosele á Ramón—era Pradera; había trabajado algún tiempo en Madrid, y

allí había conocido á Vallina, á Apolo, á Camba y á otros anarquistas jóvenes; era ilustrado, y á Aguilares se le recomendó como una adquisición. El otro era un instintivo, rehacio á toda imposición, carente de toda idea filosófica, y al parecer algo bruto. Al ser presentado á Ramón, le estrechó la mano bárbaramente, y al hablar Joaquín, refiriéndose á él, de su deseo de unirse á ellos y de su carácter franco, movía la cabeza, entornaba los ojos y plegaba los labios de una manera que era decir: «Aquí, si hay algo doloroso que realizar, yo, con mi rudeza y mi buena fe, vengo á hacerlo; soy todo de usted, señorito.»

Se llamaba Cabanedo; era oficial de una tahona, y su rostro tenía la palidez maté peculiar de todos los obreros del gremio.

Después, en otro grupito de tres, apareció una silueta extraña entre risible y admirable: la figura de un hombre, más viejo que joven, de barba ralísima y cana, delgado, vistiendo á usanza de señor, pero con el tinte incontundible de los miembros de una clase social elevada y muy venida á menos. Sa-

lucía finamente, y en sus ademanes había una distinción ingénita ó muy pretéritamente adquirida.

Joaquín había frecuentemente hablado á Aguilares del nuevo personaje que iba á moverse en esta escena del teatro continuo y tragicómico de la vida.

Era don Alfonso del Fustán—éste su patronímico—un hombre cuya dignidad de presencia pregonaba un ayer opulento y pleno de bienestares; su ropa, desastzada, pero vestida con aire señorial no afectado, llamaba á la compasión respetuosa; de él podía decirse exactamente que poseía esa grandeza triste de las cosas que fueron.

Vivía en el pueblo—que no designaremos con su apelativo por ser «un pueblo», es decir, un pueblo como todos—, oscura, estrechamente. Se decía de su estirpe alta, de malversaciones en manos de administradores de poca idoneidad, de malas partidas de amigos, como él opulentos, del risible apoyo material de una hija casada, rica y ausente; pero, en resumen, de él sólo se conocía su indumentaria vieja, casi miserable, su barba

ralísima y sus ademanes distinguidos. Era un átomo á la obra en ciernes de Ramón, que le llenó de curiosidad, y le inclinó súbitamente á la simpatía.

Cuando habló en aquella misma reunión singular de seis ú ocho voluntarios á las filas de la Causa, lo hizo inspirado, mejor, empujado irresistiblemente por su odio á la aristocracia, á los altos del dinero y del blasón; las demás jerarquías directoras—la Iglesia, el Gobierno, la Milicia—parecía no preocuparle, pero se notaba en su acometividad contra los ricos, los blasonados, un interior convencimiento de su odio medido, ponderado; y en sus palabras serenas, acerinas, sin una frase de mal gusto, se traslucía un íntimo rencor que dolía su alma, y decía de desatenciones, quizás de criminales desdenes recibidos pretéritamente, amargaba su natural tranquilo, de orden, y le imbuía á compartir sus sentimientos con los de aquellos jóvenes que iban decididamente á sacar de aquel conventículo una fe reforzada y un entusiasmo vivo: la fe en el triunfo de la Justicia y el entusiasmo propio de los años

mozos, puestos al servicio de una idea alta.

Porque de entusiasmo, y del sano, llenó á los reunidos la palabra de Ramón, que habló para decir:

—Amigos: Como tales os tengo, aunque á algunos ni haya hablado, ni siquiera tendido anteriormente mí mano, amiga de todos los desheredados, los caídos, de todos los que alimentan su espíritu de una esperanza de futuro esplendoroso, y nutren su fe de ideas de Amor y de Verdad. Mi propósito ya le conocéis: es formar una entidad anarquista, de cultura y de acción educativa para la lucha y la defensa del derecho de todos los oprimidos, de todos los hombres perseguidos por las jerarquías que detestamos, de todos los hombres, en fin. Vosotros ya conocéis nuestro credo. Somos anarquistas porque odiamos la tiranía de los hombres, la tiranía de los dogmas, la tiranía de los convencionalismos; no acatamos otra autoridad que la de la propia conciencia, cuando á ésta informa un sentido equitativo y racional. Queremos al hombre libre, y aborrecemos al Estado, que es la negación de la libertad indivi-

dual. Somos anarquistas y trabajaremos por la abolición de toda idea opresiva, de esclavitud... Es nuestro lema: la absoluta libertad individual y el conseguimiento de este apogema: «Ni Dios, ni amo». A Dios hemos conseguido arrojarle de algunos cerebros que se han emancipado, y al amo veremos de eliminarle de las generaciones sucesivas cuando hayamos suprimido la idea del dinero, y el trabajo sea una distracción y no el castigo brutal del dicho bíblico. A trabajar, y á hacerlo con fe.

Después charlaron, cambiaron impresiones, y dejaron convenido suscribirse á algunos periódicos libertarios, que recibiría uno cualquiera de ellos, y pasarían de mano en mano.

La sociedad, esta pequeña sociedad que no llegaba á contar diez amigos, no tenía necesidad de inscribirse en ningún centro oficial, lo que les evitaba las trabas que la autoridad horripilada, había, seguramente, de oponerles.

Y como para fijar la idea, Pradera, que había trabajado años antes en la formación de una «Juventud Republicana», dijo cómo le recibió el alcalde al ir á solicitar el permiso para inaugurarla: gastando cuchufletas y alardeando de su ignorancia de la ley; haciéndole volver tres veces y tratando de disuadir á él y sus amigos del proyecto de asociarse.

—Después—siguió Pradera—las convocatorias que se hicieron para anunciar el mitin, fueron arrancadas por mano de los alguaciles. Luego el trasteo inícuo de aquellos mandones ignorantes, enfatuados y estúpidos, hasta conseguir que uno de los más entusiasmados, al parecer, con la idea de la «Juventud», la minara con chinchorreos femeniles, y la matara, apenas nacida, y al primer descuido de los que, con él, formaban la directiva

Aquel pueblo, aquella atmósfera, era incapaz —concluyó Pradera, dirigiéndose á Aguilares, y entre el asentimiento de los más del grupo.

—No hay fuerzas contra una fe, si la fe es inquebrantable. Hay mil medios de eva-

dir el Código y de combatirle. Todo es que vayamos dispuestos. ¿Vosotros lo estáis?—preguntó Aguilares.

—Sí, sí—dijeron los demás.

Joaquín, conocedor de todos, habló con verdadero optimismo de las cualidades de constancia y honradez de los congregados. Había, por acuerdo de Ramón, elegido gente buena, sana de alma y sin precedentes que no convinieran; por eso, aunque eran pocos, tenía mucha esperanza en la labor. Y en que fructificara. La sociedad aumentaría...

En este punto de sus reflexiones, recordó la idea de su amigo: «Que vinieran, sí, espontánea, voluntariamente, gozosos y tranquilos, pero que no arribaran á un campo de peligro lanzando miradas de nostalgia al sendero que dejaran tras sí. Gente así allegada no la querían.»

Y de repente se fijó en que había faltado á la reunión Calvér, el que en el café, noches atrás hablaba de firmas y creía el proyecto de Aguilares propicio á la exhibición y al mangoneo, que eran su flaco, y le esti-

mulaban á formar ó por lo menos á intentar formar parte de cualquier entidad que se crease, ya fuera ella política, social, de *sport*, de recreo ó religiosa...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTERREY, MEXICO